

## Reflexiones en torno a *La zarza de Moisés*, antología de Pedro J. de la Peña

Pedro J. de la Peña, *La zarza de Moisés*, Antología 1970-2008, Madrid, Huerga y Fierro, Abril 2009. Nota en forma de prólogo de José Lupiañez.

Daríá Rolland

El poeta Pedro J. de la Peña ha tenido a bien pedirme que presente su Antología *La Zarza de Moisés*. Y para complacerle he escrito estos apuntes que dan cuenta, aunque no de forma exhaustiva, del contenido del libro.

Lo primero que haré antes de dar a conocer estos apuntes es dar las gracias a los excelentes críticos: Alberto Tores García y José Lupiañez que, con su valiosa información, han contribuido ha hacerme comprender mejor la obra de Pedro.

Añadiré también que las palabras que yo voy a decir de esta obra no son el resultado de una crítica ortodoxa sino el resultado de la fuerte impresión que, al leer o releer los poemas que componen esta antología, he recibido. Intentaré sin embargo que mis palabras sean dignas del libro que comentan para no caer en el halago que el mismo Pedro abomina, como lo dice en su poema a Juan Gil Albert: “El halago del necio... / que es peor que un insulto.”

Lo segundo que haré será demorarme un poco en el título, precioso por cierto, y que bien podría contener simbólicamente toda la poética de Pedro. Como también la contiene, a mi parecer, y ya es casualidad, el cuadro del pintor barroco Domeniquino que trata del mismo tema. Por su melancólico y

lírigo cielo, sus altos, escarpados y soberbios farallones, sus nobles y delicados árboles, su gran río azul, y sus vastos y prometedores horizontes.

Casi todos conocemos ese episodio bíblico, sacado del tercer libro del Éxodo que lleva por título “La zarza de Moisés” y que dice así:

Hacia tiempo que Moisés había huido de Egipto y era pastor del rebaño de su suegro Jetro. Una vez llevó sus ovejas más allá del desierto y llegó hasta Orbe, la montaña de Dios. El ángel de Yahvé se le apareció en forma de llama de fuego en medio de una zarza. Una zarza que ardía y ardía sin consumirse.

Desierto, huida, montaña, pastoreo, zarza ardiente que no se consume, hay aquí una simbología y una capacidad de evocación que aún siguen vivas a miles de años de distancia y de la que se beneficia la obra de De la Peña, quien no ha elegido para ella este título por azar, claro está.

El poeta, como Moisés, suele huir de todo y de todos cuando quiere entrar en contacto con la poesía, es decir, con lo más hondo, más intenso y mejor de sí mismo. La montaña o el desierto al que se escapa es el pequeño recinto de su morada en el que, a veces, se produce el milagro de la incandescencia de su espíritu. Allí donde logra entrar en contacto con el Espíritu con mayúscula. Por eso, a mi parecer, pastor y zarza se confunden hasta ser uno en lo ígneo.

La zarza es el arbusto más humilde, más rústico, más tenebroso que hay en la naturaleza y palidece si se la compara con la belleza de los árboles que suelen rodearla. El poeta es a veces, y sobre todo cuando es verdadero, el más sencillo y el más natural, el más humilde y hasta el más sombrío y desdichado de los hombres. Aquél a quien una extremada sensibilidad y un alto grado de conciencia desasosiegan y estremecen de continuo. ¿Por qué le elige Dios como a la zarza para manifestarse? Misterio infinito. Pero el caso es que a pesar de todos los gélidos, rígidos y astutos camineros de la historia, la poesía

y los poetas como la zarza de los senderos, han perdurado, perduran y perdurarán. Y hay unas palabras de San Pablo que parecen hechas a propósito para que estos hombres y estas mujeres, elegidos a veces muy a pesar suyo, las tengan en cuenta: “Y quiero que seáis irreprehensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en una generación maligna, en medio de la cual resplandecéis como luminarias”.

Sencilla y resplandeciente como una luminaria es precisamente la poesía de Pedro de la Peña en el panorama de la poesía actual. Porque es una poesía pulcra y alta, de controlado lirismo, que no busca deslumbrar, ni se complace en los enigmas. A esto habría que añadir que es también una poesía iracunda, con tintes proféticos y de verdadera cólera, ya que hay en ella, como en toda buena literatura, mucha crítica y crítica acerba de la vida, de todo lo que la ensucia o envilece, de todo lo que, de una manera u otra, a ella se opone. Esta característica sitúa a Pedro entre los heterodoxos como Blanco White (nombre que puso Pedro a su querido caballo) y Juan Goytisolo, entre otros. Crítico y heterodoxo, sí, pero también viajero y enamorado, o más bien enamorado viajero de estirpe romántica, en quien la lucidez hacia lo real no aparta del ideal, bien al contrario, ideal de libertad, como cabe suponer.

Empieza el primer poema de la antología pisando fuerte. No de esa manera reprensible, patética y ridícula, colonizadora que se nos achaca a los españoles. Sino doliente, herida, de radical sinceridad, de radical humanidad. De hálito suave y consolador pero también, a su manera, vitalista, alentadora, estoica e incluso combativa que nos muestra bien como se sitúa el poeta ante la vida y sus desafueros.

Alégrate de las heridas hondas  
Si la pala penetra  
Profundamente  
En las aguas  
Mayor es el impulso

Y si hablo de combatividad es porque Pedro cree que la poesía está estrechamente ligada con el devenir humano y con el universo. Considera por lo tanto que, como buen intelectual, tiene la obligación de estar plenamente informado de las realidades de su tiempo, ya sean éstas políticas, morales, sociales o estéticas, y, como ya hemos dicho, criticarlas, cuando es necesario aunque con ello se juegue la reputación e incluso más. Pues Pedro quiere, como quería Rimbaud, cambiar la vida. Y bien significativos son estos versos que nos dejan entrever lo que el poeta ha experimentado en carne propia pero también y claramente cual cree que debe ser su misión poética y humana.

Sesgada la espalda de arañazos  
Corre el ciervo  
Por la espesura aullando  
Lo cercan los mastines.

O estos otros en el mismo poema titulado *Atomium*:

A idéntico final o adversa suerte  
Prometeo y Ulises se expusieron  
.....  
Más voluntad igual debe ampararnos  
A descubrir el fuego, a dar al mar  
La dimensión de su contorno, el giro  
copernicano del espacio y ser

disturbadora luz, creciente espasmo  
que intranquilice el sueño de lo oculto.

Aunque para Pedro la poesía no es solamente lucha por un mundo mejor, sino también vía de conocimiento, medio para sosegar las tormentas del alma, asustar la soledad y transgredir la monotonía. De ahí su afán viajero del que nos trae hermosísimas imágenes e invocaciones entresacadas de estas experiencias esenciales para él. Y como ha recorrido los más diversos países y los más insólitos parajes, puede hablarnos de Egipto y de su pirámide de Keops o de las ruinas de la mística Tell-ell-Amarna: la ciudad de Akhenaton: “Ciudad del horizonte en donde el hombre / Ha puesto el gran enigma de la vida.” Como puede hablarnos de Irlanda, de la selva amazónica, o de la Habana vieja de la que dice así:

Pórticos  
columnarios, farolas que iluminan  
arecas y poncianas, palmiches, guanos  
crotos

Aunque, a mi parecer, los versos más conmovedores e interesantes se deben casi siempre a sus poemas de amor, su gran asunto, como es el gran asunto de cada uno de nosotros. En toda su obra se perfilan en efecto siluetas de mujeres cantadas a veces con un lirismo y una profundidad asombrosa, otras con una punta de humor o de amargura o incluso severamente denostadas. El más significativo de todos ellos se titula precisamente *Desamor*. Y he aquí unos cuantos versos entre mis preferidos:

Sencillo fue el hallarte si rememoro el tiempo,  
Y sin embargo acaso una música extraña.

Un magnífico aliento de cantatas y órganos,  
se unió a la turbación de nuestro encuentro,  
siguió paso a paso el inasible  
sendero de las rosas.

Otro de sus grandes amores ha sido su caballo, compañero de tantas horas puras de soledad y de albedrío, y que nunca le ha causado dolor o de decepción. El caballo, que es para Pedro cifra de la naturaleza, símbolo del respeto y del amor que tiene hacia los animales y en general hacia todo lo existente.

A mí me gustas tú, que eres  
un caballo nocturno.  
Un amigo tan cierto y verdadero.  
Que siempre estás ahí  
más santo y más paciente que el buen Job  
cuantas veces requiero compañía.

Y ya nos va apareciendo, gracias a todos estos versos, el perfil del poeta: combativo, viajero, jinete, enamorado, amante de la naturaleza y también maestro pues su poesía, como lo advertiremos cuando, él mismo lea sus poemas, es de una gran perfección técnica. Pedro ha publicado en efecto, unos estudios muy completos sobre el Modernismo y comprendido y asumido la lección métrica de Rubén Darío. Esto explica a menudo el ritmo admirable de sus versos, sin olvidar la penetrante adjetivación y el uso frecuente de insólitas y hermosas metáforas pues a Pedro, que situamos entre los poetas de La Diferencia le gustan, como a éstos las metáforas y la narratividad. Maestro, pues, y devoto de maestros, como lo revelan sus poemas a Machado, a Lorca, a Juan Gil Albert, a Luis Rosales o a José Hierro con el que estaba tan sumamente compenetrado y al que dedica el más emotivo de estos poemas:

Él inventaba palabras nuevas  
como “amistad”, “otoño” y “música”  
que nadie había dicho con verdad mayor.

José Hierro amigo de Pedro. Pedro amigo de muchos entre los que tengo el privilegio de contarme, y del que también podría decirse que inventa palabras como “sencillez”, “cortesía”, “hospitalidad”, “aliento”, “generosidad”. Aunque con esa perspicacia y esa vivacidad que le caracterizan sin bajar nunca la guardia para, como lo quería su también admirado Larra, “ver en su verdadera luz, las cosas y los hombres que le rodean.”